

La Mosca Blanca



Carmen Pastor.

ANUNCIOS

Champagne legítimo de S.^t Hilaire (Francia)

À 4 PESETAS BOTELLA

OSTRAS DE SANTANDER À 8 PESETAS EL CIENTO

COLMADO DEL CRÉDITO: PASAJE DEL CRÉDITO, 5

ESTABLECIMIENTO

DE

Aguas Azoadas

Inhalaciones, pulverizaciones

PELAYO, 2

Salon Plasencia

Calle de Fernando n.º 11, entresuelo

LITOGRAFÍA

MAGIN PUJADAS

AUSIAS MARCH 99.

FRANCISCO OLIVAS

SASTRE

RAMBLA de las Flores, 11, 2.º

COMPRA, VENTA Y RESTAURACIÓN

DE

MUEBLES DE TODAS CLASES

QUINTANA Y COMA

Calle del Consulado, 31, ANTIGUOS ENCANTES

BARCELONA

La Mosca Blanca

Director: Marcial de los Ríos.

Los miércoles de La Mosca

La prensa está intransitable.

Vamos, que no se puede leer un periódico sin sufrir tormentos horribles, por poco sensible que uno sea, como no se puede pasar la plaza de Cataluña, cuando llueve, sin ponerse de barro hasta las cejas.

Yo no sé si la mayoría de nuestros *reporters* son agentes secretos de alguna Funeraria por acciones, ó médicos sin ocupación ó boticarios con ganas de liquidar... y de liquidarnos; pero si no es así, no acierto á explicarme ese afán desmedido de acortarnos la vida con noticias espeluznantes.

Porque á mí que no me digan: algo de bueno tiene que pasar de vez en cuando, aunque nos gobiernen los que nos des gobiernan: y callándose las buenas noticias y no dándonos más que las malas, y de la manera que generalmente las dan, algo se proponen.

Cojan ustedes un periódico cualquiera y se convencerán, como estas son cruces, de que es así.

Ya no hay más que sucesos misteriosos, como conferencias de ministros, crímenes triples como la alianza y el anís triple, y catástrofes horribles como *vistas de la situación...* con vistas al Banco.

Ahí está lo que pasa en Málaga (que ya vengo yo diciendo hace mucho tiempo que, como es el país de las pasas, todo pasa ahora allí y hasta todo es... pasa); ahí está Málaga, digo, que no me dejará mentir.

Cada día ocurre allí, según la prensa, un suceso extraordinario y siempre misterioso.

Un día, que el obispo en persona se fuga con una tocinera, aunque después resulta que el obispo no es el obispo precisamente, sino un tabernero conocido por ese sobrenombre, y que ella no es tocinera, sino que casualmente vende tocino, y que no se fugaron á lo que parece, sino que se salieron por las afueras á dar un paseo y los vecinos confundieron el misterio.

Otro día, es otro suceso más misterioso todavía, y al día siguiente, aunque haya otro nuevo, resulta una mentira todavía más grande. Y quien dice en Málaga, dice en la Coruña, salvo la comparación.

Allí, (en la Coruña) les preocupa estos días, según un periódico, un suceso no menos misterioso y... tal. Figúrense ustedes que los vecinos y transeúntes de cierta calle, oyeron noches pasadas una detonación, todos á un

tiempo; (no recuerdo la hora con minutos y segundos, porque no llevo el reloj con el de la catedral.) De pronto cruzan la calle dos sujetos decentemente vestidos; uno con un traje verde bellota oscuro, de 75 pesetas á la medida, y el otro con un pantalón negro y americana también negra, aunque con hongo, y tanto el hongo como el otro, llevando en brazos á un tercero (no dice si hongo ó qué), que iba en mangas de camisa, por cierto sin pechera bordada, pero sí con unas manchas de sangre, rojas.

El, al parecer herido, ó por lo menos manchado de sangre y en brazos de otros, se dejaba conducir tranquilamente, pero exhalando quejidos lastimeros, tal vez como si le doliera algo.

Detrás de ellos caminaban también silenciosos, pero sin quejarse y sin manchas, cuatro hombres más, vestidos decentemente, no se sabe en qué sastrerías.

A pesar de esto, y de las pesquisas de la autoridad, todos los vecinos lo vieron, pero el suceso, que según nuestras noticias no debe ser muy agradable, permanece todavía en el misterio y en una población como la Coruña.

Así lo cuentan; ni quito ni pongo ripio.

De las catástrofes no hay que hablar.

La última de que se tiene noticia, posterior todavía á la de Saint-Maden, ha ocurrido en una mina de la Polonia rusa, y en ella han quedado sepultados, además de los hombres, 40 caballos, de los cuales, ni siquiera estos últimos han podido ser salvados.

Después de esto, digan ustedes si no tengo razón en lo que digo y hasta en lo que dejo de decir.

¡Por algo mi criada no quiere aprender á leer!

**

Desde que las corrientes *wagnerianas* han empezado á meternos en los oídos ruidos extraños, parece que nuestros cantantes no se conforman con los tradicionales gallos y quieren hacer ruido de un modo muy extraño.

Ayer llegó á Barcelona, procedente de Mahón y custodiado por la guardia civil, el tenor Gasparini, que ha sido reclamado por un juzgado de la corte, en virtud de cierta causa que se le sigue por suponersele causante de que una dama haya abandonado su hogar, y á instancia del marido; la Bonaplata, que á los diletanti del Liceo les ha resultado plata meneses, se ha despedido de nosotros sin cantar en la función de despedida y mandando á los periódicos, en cambio una carta del empresario Sr. Font, en la que dicho señor acredita que le consta

JUSTICIA SECA, por Mecachis



--Ahora vas á ver tú de qué te sirve ser hijo del alcalde mientras no me paguen lo que me deben!

LAS RAMBLAS, por Fradera



LA DE CANALETAS.



LA DE LOS ESTUDIOS.



LA DE LAS FLORES.



LA DEL CENTRO.



LA DE SANTA MÓNICA.

que no ha cantado porque estaba enferma, y hasta que no escribe muy bien, y en Madrid, en el Real, ha dado un escándalo mayúsculo Marconi, porque estando indispuerto (siempre *la gola*) cantó mal y el público le siseó bien.

¿Tendremos que volver por las dulzuras de la música italiana ó tendremos que quedarnos con los ruseñores de la Rambla?

Durante los últimos 14 meses se han suici-

dado en Berlín la friolera de 62 niños, el mayor de 15 años y el menor de 7.

A este paso, se acababa el mundo sin necesidad de poner un Herodes en cada esquina, si no fuera por la ley de las compensaciones.

Por cuya ley, sin duda, ha contraído matrimonio con una agradable joven, á la edad de 77 años, el ejecutor de la justicia de la Audiencia de Zaragoza.

¡Dios nos libre de ellos!

MARIO.

Á un gomoso

(Quintillas dedicadas á cualquiera... de ell os.)

Niño del día; borrón
del siglo décimonono;
gangrena de la razón;
tipo de la situación;
ente ridículo; mono.

Microbio del buen sentido;
filoxera de la moda;
tema siempre escarnecido;
modelo saz escogido
de risa en ocasión toda.

Blanco de las atenciones;
faro de la aristocracia;
juguete de los mirones;
eterno *guarda-cantones*;
poco-pesquis; poca-gracia.

Caudillo de las conquistas;
esclavo del mal capricho;
espantajo de modistas;
obstáculo; estorba-vistas;
mete-y-saca; feo; bicho.

Almanaque sin *juicio*;
basura de las aceras;
hombre de *mundo*... por vicio;
tonto; figurín... de oficio;
ser hinchado de quimeras.

Clown del gran circo social;
emplasto del mundo sério;
mómia de la Era actual;
maniquí del natural;
mala-facha; megaterio.

Cancer de la sociedad;
héroe de la rareza;
guerrero de nuestra edad;
comparsa de actualidad;
espejo de la simpleza;
Retablo de anomalías;
muestrario siempre ambulante;
recolector de manías;
almacen de tonterías;
triste figura; pedante.

Cúspide de lo soez;
celebridad... con engrudo;
colmo de la estupidez...
Aquí por primera vez
y última ¡yo te saludo!

JOSE BARBANY.

Oriental

¡Niña que me haces sufrir!
Por la que coji una tos
y estuve expuesto á morir!
La de los ojos cual dos
pucheritos de añadir!

¡La que matando se goza!
¡La hermosa! ¡La celestial!
¡La hurí! ¡La flamante moza!
¡La que da al mundo más sal
que las saferas de Pozal!

¡La que tiene prisioneros
cien amantes callejeros
que á enumerar me resisto!...
y unos ojos... ¡Jesucristo
que ojos más chirigoteros!

La que apenas se le vé...
¡lo pequeño que es el pie!
La de corales por boca!
¡La linda Pozana, que

llena de sal cuanto toca!

¡La de talle tan gentil
como *fachenda* barbiana!
¡Por quien daría Boabdil
su reino, y de buena gana
yo, mil cielos á ser mil!

¡Reina del hispano suelo!
¡Preciada entre las preciadas!
¡Niña, carita de cielo,
á quien daría Frascuelo
no mil, dos mil estocadas!

¡Niña que á mí me acomodas!
¡Niña figurín de modas!
¡Niña que el ojo me guiñas!
¡Niña que eres de las niñas!
la más flamenca de todas!!

¡La de talle de palmera!
¡La que ya *endilga un jipio*,
ya *pinta un chirlo* á cualquiera.

Yo, que por ser tuyo, diera...
¡todo aquello que no es mío!...

Yo, que fiel adorador
darte quiero en las primeras
mostraciones de mi amor,
¡mis abrazos! ¡mi candor!
y mi... todo lo que quieras!!

Yo, que empené en el estío
para saciar tus antojos
mi capa, ¡y hoy tengo frío!

Yo, que cerrando los ojos...
¡todo lo que veo es mío!

Por una sola mirada
tuya, nada, á dar rehuyo.
Mirame niña adorada;
y... ¡como no tengo *nada*!...

¡Será *todo* el mundo tuyo!

EMETERIO GALLO.

Betina

¡Qué bonita era!

No había más luz en el sol que en aquellos ojos grandes y azules como el mar, ni más perfume en las flores que en aquella boca pequeña y roja.

Yo no podía apartar la mirada de la graciosa y atrevida curva de su seno, ligeramente velado por una bata del color de la nieve.

Aquella línea era una especie de línea... férrea que me trasportaba de la tierra al cielo, en el tren-relámpago de la imaginación.

—¿Por qué me mira usted tanto? me dijo un día, con las mejillas encendidas por el rubor.

—¿Es pecado mirar á las niñas bonitas?

—Es que yo no soy bonita.

—¿Le gusta á usted que la recree con la música de la lisonja?

—¡Adulador!

—Probablemente tendrá usted en su tocador algún espejo.

—Sí, señor; uno muy grande.

—Es natural: el tocador es la cátedra de la coquetería y el espejo el libro de texto donde aprenden las mujeres á desesperar á los hombres.

—¿Y está usted desesperado?

—Sí, mucho.

—¡Pobrecito!

—Y usted puede calmar mis sufrimientos.

—¿Yo? ¿cómo?

—Nada ha leído usted en mis ojos?

—No entiendo su lenguaje; soy muy torpe.

—Entonces, Betina, ¿por qué esquivo usted mis miradas? ¿por qué huye su mano de la mía, cual blanca mariposa que burla los deseos del niño que intenta aprisionarla?

—Es que tengo... miedo.

—¿Miedo de qué?

—No sé... pero tengo miedo.

—¡Betina! es necesario que usted sea mía, y pronto.

—¿Suya? ¡ay, Dios mío! ¿y qué hará usted de mí?

—¿Qué haré de usted? la haré mi esposa, la llevaré al altar, donde un ministro de Dios bendicirá nuestra unión.

—¿Y qué más?

—Después la llevaré á mi casa...

—¿Y una vez en su casa?

—Una vez en mi casa... ya le explicaré lo demás.

—¡Pero me voy á morir de miedo! ¡yo sola con un hombre!

—Los hombres no se comen á ninguna mujer... como no sea á besos.

—Besar á las mujeres es pecado.

—¿Quién lo ha dicho?

—Mi confesor.

—¡Bah! los confesores no entienden de esas cosas. Además, si no le gustan mis besos, puede usted devolvérmelos.

—Yo no sé si mamá querrá.

—Si usted me quiere pasaremos por encima...

de su mamá; el amor lo arrolla todo, y si el de usted es sincero, crecerá con los obstáculos como la corriente, y se saldrá... de madre.

—¿Qué hace usted?

—Aprisionar esa mano que ha de ser mía, besar esos ojos que tantas muertes han hecho con el puñal de sus miradas, enroscar mi brazo, como una culebra, á esa cintura flexible como el tallo de una flor...

No pude proseguir.

Una exclamación de ira, de indignación, sonó como un trompetazo á mis espaldas, y al volver rápidamente la cabeza, ví á la mamá de Betina que avanzaba amenazadora como el huracán; tras de ella venía el papá, que era un cero colocado á la izquierda de su mujer.

—Retírate, Betina, dijo con aire imponente.

Y luego, dirigiéndose á mí:

—Es usted un infame!

—¡Un infame! repitió, como un eco, el marido.

—Señora, dije aturdido; no me condene usted sin escucharme.

—¡No escucho nada! gritó ella.

—¡No escuchamos nada! agregó su cónyuge, que era un marido de repetición.

—Amo á Betina, murmuré con airesuplicante.

—Sin el permiso de mi esposo, observó la mamá, rasgo de sumisión á la autoridad del marido que éste agradeció con marcadas muestras de satisfacción.

—¡Sin el permiso de su esposo! ¿pues qué quiere usted, señora? ¿que mis sentimientos estén supeditados á la voluntad de don Pablo? entonces que se ponga de portero en mi corazón: así nadie pasará sin permiso del portero.

—¡Acabemos! dijo la mamá, despidiendo centellas por los ojos.

—¡Acabemos! repitió el marido.

—¿De qué se me acusa?

—¿De qué se le acusa? ¿de una infamia! de tender lazos á la inocencia; de seducir á mi hija; de deshonestar mis canas... ¡digo, no! ¡de deshonestar las canas de mi marido!

—¡Pero, señora! no he hecho más que dar un beso á su hija.

—Que ella le ha devuelto.

—¿Pues qué quería usted? ¿que se quedara con él? ¡eso sí que habría sido indecoroso!

—Los besos manchan.

—Lavaremos esas manchas en la vicaría.

En los ojos de la mamá brilló un relámpago de alegría.

—Únicamente así olvidaría tan grave ofensa; de lo contrario... ¡de lo contrario tendrá usted que batirse con mi marido!

—Mujer ¿está loca? murmuró al oído de la mamá de Betina su marido; ya sabes que no soy hombre de armas tomar, sino de armas... soltar.

La buena señora no hizo maldito caso de la observación y agregó:

—Mi marido tira muy bien el florete.

—Es verdad, á la calle, murmuró el aludido.

—Son inútiles tales amenazas, señora: juro á fé de Antonio Pérez, que me llamo, casarme con Betina.

—¡Ay de usted si olvida su juramento! dijo la mamá.

EXPOSICION DE BELLEZAS, por *Escaler*



BELLAS ARTES, POR ESCALER

(CUADRO DE FALERO)



Plegaria a Isis

—Al hombre por el asta y al buey por la palabra, observó el marido que tenía la inmemorial costumbre de no decir bien un solo refrán.

—En mi hija, siguió la mamá, tiene usted al mismísimo candor hecho... ángel; su alma duerme en el lecho de la inocencia, como en un lecho de rosas. No ha tenido amores hasta ahora, como no sean sus muñecas. Es verdad que en la calle le dicen mil tonterías, pero Betina jamás se ha detenido á recoger una sola de esas flores que la galantería arroja á esas niñas bonitas, y ha seguido su camino sin que la más ligera emoción agitara su pecho, sin que ninguna de aquellas palabras se clavara cual emponzoñada saeta en su corazón virginal. ¡Ah! ¡no sabe usted, no sabe usted la joya que se lleva!

Y la excelente señora siguió enumerando las bellas cualidades que adornaban á mi futura, cuya alma pura é inocente no había servido aún de blanco á las certeras flechas de Cupido.

Y me despedí conmovido de aquella honrada familia, prometiendo volver á la mañana siguiente para fijar el día de la boda.

Y cumplí mi promesa.

Pero al presentarme de nuevo en aquella casa, una sorpresa dolorosa me dejó de piedra.

La mamá estaba deshecha en llanto y el papá agitado y furioso como un oso enjaulado.

—¿Y Betina? pregunté con afán á mis presuntos suegros.

—¡Betina! repitió maquinalmente la mamá, en medio de grandes sollozos... ¡la infame se ha escapado esta mañana!

—¡Demonio! ¿con quién?

—Con un capitán de caballería.

—Pero... ¿á dónde se han dirigido?

—Lo ignoro, señor Pérez; nadie lo sabe... hay quien ha visto á mi hija y á su infame seductor á caballo...

—Pues si iban montados á caballo, renuncio á darles alcance.

Y volví á mi casa dando gracias á la Providencia por haber anticipado sucesos que maldita la gracia que me habrían hecho después, y renegando de la inocencia que huye montada á caballo.

CASIMIRO PRIETO.

Cuento

Un actor representaba la Pasión en Jueves Santo, y estaba el pobre perdido; lo que se llama borracho.

Su papel era el de Cristo: más que papel, era escarnio. El público lo notó á las primeras de cambio, y le dió un meneo digno, dignísimo de su estado.

Borracho y todo, su amor propio picóse algún tanto,

y dijo para sí: «juro que he de vengar este paso.»

Y en una escena en que el pueblo con un desenfreno bárbaro se dispone á apedrear á la Magdalena, alzando nuestro cómico la voz, dió, con intención, un gallo.

De las butacas salieron mil voces de desenfado; del gallinero silbidos; «beodo, beodo» de los palcos;

armando tal gritería entre todos, de mil diablos.

Nuestro hombre no se inmutó: dió hacia el público dos pasos, y parodiando el pasaje bíblico, y acomodando las palabras á la música, gritó: «Caballeros, alto: si hay alguno entre vosotros que no haya estado borracho alguna vez en su vida, silbe ahora.» Y todos callaron.

J. PEÑAFLORES DE GÁLLEGO.

Redes de amor

Ruh! ruh!... ruh! ruh!...

De este modo, y en su lenguaje natural, estaban cierto día dos tortolitas, arrullándose tiernamente, al paso que, juntando los picos á cada momento, se prodigaban las más amorosas caricias.

Todo sonreía á su alrededor; el sol acariciaba con los débiles rayos que á través del follaje se deslizaban, á la amante pareja, rodeándola de una aureola de luz y armonía. El viento hacía balancearse blandamente las ramas de los árboles y la naturaleza entera respiraba esa quietud y calma que tanto predispone al amor.

Nuestras avejillas seguían acariciándose, sin preocuparse nada de lo que en torno de

ellas sucedía, y no vieron de consiguiente, á un cazador que hacía ellas se dirigía, amenazando cortar aquel idilio amoroso, con el mortífero fuego de su escopeta.

Las tortolitas, bien ajenas al peligro que corrían, volvieron á arrullarse y á enlazar amorosamente sus picos. En el momento mismo, una detonación se oyó, y una de las tortolitas herida en el corazón, cayó, arrastrando en su caída á la otra, que cogida aun con el pico, no pudo desprenderse de los amorosos lazos que la aprisionaban. El cazador apoderóse vivamente de las dos, y no sin gran trabajo consiguió separarlas; pues sus picos, unidos por la muerte en estrecho lazo, parecían no formar más que uno solo.

Moraleja: en las cuestiones de amor, hay que mirar, no solo al plato, sino también á las tajadas.

FRANCISCO BALLESTEROS.

Glorias nacionales

Entoavía—como dice un diputado cunero que está haciendo ejercicios para poder romper á hablar en el albergue de nuestros padres de la patria—hay en el mundo gente que escupe por el colmillo y pide las copas por docenas y rinde culto al clásico, artístico y nunca bien ponderado género flamenco.

Hasta en Barcelona, la población más seria de España, hay antros donde se admira tal rama del arte.

Los extranjeros que nos visitan tienen la alta honra de asistir á ellos, haciéndose cruces en su idioma respectivo al ver el tablado donde *trabajan* estrellas y luceros.

Cuando hace su presentación el cuarteto, de que generalmente se compone la compañía, y se sientan en sus respectivas sillas damas y galanes; cuando ambos á cuatro se atusan el cabello que encierra sus rostros hasta la mitad, á manera de marco sucio y poco oloroso, el extranjero que los examina piensa entre sí al acordarse de que va á presenciar una fiesta puramente española:

—¿Cuál de ellos hará de toro?

Y después de repasarlos concienzudamente, todos le parecen buenos para desempeñar aquel papel.

Por fin, mientras los otros tres hacen contorsiones con la debida compostura, el encargado de la parte lírica temple la guitarra, la destemple y la vuelve á templar como la ciencia requiere, y después de dar unos cuantos golpazos en el corazón de madera roja esculpida en ella, lanza al aire enrarecido de la sala trinos y arpegios á puñados.

Como á señal convenida, el tipo que marca con el palito Dios sabe qué, tipo ingerto de gitano ó de cualquier otro animal, tuerce la jeta, escupe á un lado, ó á dos, echa su gentil cuerpo adelante, comienza á dar con el garrote golpes retumbantes, especie de palos de ciego, y abre la sesión con el consabido

—¡Ole ya!

Acto continuo se arranca con las primeras notas *cantábiles* ó *ladrábiles*, jipando con un sentimiento desconsolador.

—¡Mi mare ...!

—¡Arza! —alborota una moza compañera, arrebuja en amplio pañuelo color paja con arabescos y flecos, que espera su turno.

—¡Mimare...! —continúa el otro en tono aguardentoso alargando el cuello paulatinamente y abriendo la boca hasta enseñar las muelas.

—¿Dónde estará la madre de ese señor? —murmura algún neófito mirando á todas partes

—¡Vaya un modo de llamar!

Y sigue después de largo rato el del garrote:

¡¡¡Ayyyyyy!!!

dando un jipido capaz de desgarrar el alma de

Martos, digo, de Marte.

—¿Es que le duelen las tripas? —pregunta el extranjero compadecido.

—Cá, no, señor, —le contesta uno que está en

el secreto y que también *se canta* y *se patea* en sus ratos de ocio y hasta lleva el compás del palito sobre las costillas de su mujer; —es que se prepara para que le duelan al público inteligente.

Y añade con misterio:

—Ya verá V. qué cosas dice.

Al cabo de tres cuartos de hora, ya ha dicho el garboso mozo, en cuatro versos justos y cabales, que su *probecita mare* habita en el cementerio y acaba

¡Uy! ¡uy! ¡uy!

El entusiasmo de las chicas no le ha dejado concluir antes.

Le han interrumpido tantas veces...

—¡Anda, *chiquiyo*! —le dice una, haciéndole cobrar ánimo.

—¡Hay que quererle! —clama la otra.

Desde entonces se entabla entre ellas un horrible pugilato de gritos intempestivos.

—¡Arza, vaporoso!

—¡Saleroso!

—¡Granuloso!

—¡Oso! ¡oso! —alborota por doquier la concurrencia, haciéndose eco de aquellas palabras.

El artista, acabado su número, se levanta á dar las gracias por las aclamaciones que se le han tributado.

Un aficionado, que lleva en el corazón sus lamentaciones, le ofrece una cañita de agua teñida, de la llamada por lujo manzanilla, y algún otro una copa de peñascaró de lo fuerte.

El las acepta ambas bebiéndose una primero, como cualquier mortal y diciendo al generoso:

—A su *salucita*.

Y después de un momento de reflexión y paladeo murmura, apurando la otra y encandilando los ojos, al dirigirse al otro *gachó*:

—Y á la de *osté*.

Los más próximos son todo orejas y no pierden sílaba del brindis del macareno.

—¡Pero qué pico tiene! —dice uno.

—¡Cáyese *ozté*, compare, —contesta otro; —si es *tó* un Castelar en su género, mal *comparao*.

En aquel momento, después de murmurar algunas palabras con sus compañeros y de tocarse á dos manos la morena garganta para demostrar el sacrificio que hace á la nación cantando, pues está constipada, se prepara á jalearse por todo lo hondo una de aquellas hembras de persona.

—¡Ahí va lo *güeno*! ¡Arza, *resalaota*! —chilla el jacarandoso á quien ella ha dicho antes tantas *cosiyyas*, sacudiendo á las tablas y á las sillas una buena tanda de palos.

—¡Chist! —se dicen unos á otros los espectadores, conmovidos.

La niña, ó lo que sea, comienza al fin á hacer uso de su voz de ternera.

La animación del público va creciendo; la *cantaora* es obsequiada con copas, cañas, bravos y cigarros.

Ella lo acepta todo de buen grado; hasta las *manzanas* que le suele atizar un *lipendi*, que va á última hora á por lo que ha ganado.

Después de esto viene lo mejor de la función: el baile.

El *tocaor*, el *cantaor* y la *cantaora* patean y dan los mejores gritos de su repertorio, arman-





—Pero ¿por qué me pegan ustedes? ¿No les he dado el reloj?
—Sí, nos lo ha *dao* usted, sinvergüenza; pero nos lo ha *dao* de ñiquel.

do una barahunda infernal y envolviéndose en polvo.

—¿Toma parte la caballería?—pregunta el extranjero con algún temor.

La *bailaora* se levanta, cimbrea su cintura, da vueltas y corre de un lado á otro, separando los tufos que la tapan los ojos y adoptando posturas sinó bonitas, tampoco decentes.

Entonces viene el *delirium tremens*; la animación ha llegado á su apogeo. La encargada de la parte pedestre sigue su danza hasta rendirse; los otros *artistas* alborotan siempre, y hasta parece que relinchan, y el pueblo soberano choca las copas, tira los platillos contra el mármol de las mesas, palmotea, grita y ríe desbordando de este modo su febril entusiasmo.

El extranjero que presencia aquello cree que se viene abajo el café y sale de él más que aprisa.

—¿Pero dónde va usted, cristiano?—le pregunta un joven con panitorios que le cierra el paso.

—¡Si esto es la apoteosis!

Una vez en la calle al querer consultar su reloj y al no encontrarle clama en el tono más dramático:

—¡La apoteosis! Vaya un fin de fiesta.

Y le contesta un chusco:

—Pues aun puede V. darse por contento de que no le haya tocado en suerte alguna *puñalita*.

JULIO VICTOR TOMEY

CABOS SUELTOS

I
(En el *boudoir*)

—¡Luego dicen de casarse!...
¡No sé como hay quien se casa!
—Ya, ya están buenos los hombres!
—¡Qué maridos!

—¿Qué canallas!
—Te digo que hace tres años nada más que estoy casada y ya me descasaría.

—Y yo, como fuera hoy, Juana, te aseguro que primero que ir á la iglesia me ahorcaba.

—¡Todo les parece mal!

—¡Todo! todo lo que una haga!

—Si sales, porque has salido; si no, porque estás en casa; si estás triste, que le apestas; si le haces mimos, le enfadas; cuando lloras, porque lloras; cuando cantas, porque cantas. todo el día están gruñendo como tigres en la jaula.

—Hija, es que esto es un fastidio que mata, vamos, que mata.

—¡Cuánto lujo! ¡Cuánto sales!

—¡Cuánto traje! ¡Cuánto gastas!...

—¿Tocas el piano?... ¡la aguja debías tocar! ¡Qué graciosa!

—¿Lees?... ¡Te valía más que leer paparruchadas dar vueltas por la cocina y ver que hacen las muchachas!

Las cuentas de la modista les parecen todas caras; el abono del teatro te cuesta un disgusto ¡Lástima!...

Y es que ellos quisieran que una fuera modista y criada y todo, y en fin hacer, de su mujer una esclava.

Te digo que ya tan solo nos falta que nos pegaran esos infames.

—¡Ay, hija!

—¡Qué maridos!

—¿Que canallas!

...

—Oye y de ese que me cuentas?

—¿Y tú con *aquel* cómo andas?...

—Pues yo hace que no le veo cerca ya de una semana:

mañana le veré ¿y tú?

—Yo le ví en las Calatravas ayer ¡pero nada! Solo pude hablarle dos palabras para decirle á hurtadillas que no me falte mañana;

como, según ya sabrás, Paco también va de caza!...

—¿Sí? Pues Adolfo también.

—¡Si van juntos!

—¡Juntos! Juana, qué idea!.. ¡Si tú quisieras!..

(¡Es una calaverada!..)

¡Podemos pasar nosotros el gran día!..

—¿Cómo?

—¡Nada!..

Puesto que los dos se van...

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¡Verás!..

—¡Chist! ¡Calla!

Creo que entra mi marido...

¡no coja alguna palabra!

...

II

(En el casino)

—¿He sido puntual?...

—Ya veo que has cumplido tu promesa.

¿Cómo está Juana?

—Muy bien;

¡tan hermosa y tan risueña!

Tu mujer... no te pregunto, porque la he visto con ella esta mañana y supongo que también estará buena.

—¡Hecha un angel y queriéndome siempre igual! ¡Pobre Enriqueta!..

Si supieran la que estábamos urdiendo ¿eh?..

—¡Dios no lo quiera!

¡La *verdú* es que no merecen que nos portemos con ellas así! ¡Chico! aquí *inter nos*, casi, casi, ya me pesa este pecadillo...

—¡Bah!

¡Con tal de que no lo sepan!.. Yo también lo siento, pero...

¡En fin, la cosa ya es hecha!.. y ellas son muy inocentes y ni siquiera sospechan...

—¡Cuidado, que hemos tenido

suerte al casarnos con ellas!

—¡Eso sí, porque en el mundo no hay dos mujeres más buenas!

—¿Dos mujeres? ¡Dí dos ángeles!

¡Pobres! ¡Si ellas lo supieran!..

...

—Conque ¿qué hay de eso?

—Pues nada,

ya está la gente dispuesta.

Vienen la Trini, la Lola,

la Gloria... en fin, todas esas.

Saldremos por la mañana á las siete ó siete y media;

contamos ya con el *break* del Marqués de la Mistela (que es también de la partida)

y otro coche de carreras hermoso, con dos tronquitos también ¡pero de primera!

En fin, chico, que va á ser ¡la *juerga* atroz!

—¡La gran *juerga*!

—Mientras nuestras mujercitas, pensando en nuestra *cacera* charlarán tal vez riñendo por cual la más feliz sea, y cual nos adora más, y entre tú y yo quien más quiera...

—¡Nosotros entre el *Champagne* y las risas y la gresca nos estaremos muriendo por un beso de una de esas..

...

—¡Pobres! ¡Y están tan conformes!..

—¡Ni siquiera lo sospechan!

—¡Mira que son inocentes!

—¡Son ángeles!

—¡Qué Enriqueta!

—¿Qué Juana!

—¡Dios la bendiga!

—Mientras nos vivan no hay penas.

—¡La adoro!

—¡Yo la idolatro!

—¡Y qué feliz soy con ella!..

—¡Pues ¿y yo?..

—¡Los dos!

—Los dos.

—... ¡Y qué *juerga* nos espera!

—¡Vaya un día!

—¿Qué *dita*!..

—¡Mira que si lo supieran!

—¿Qué puntos estamos hechos!

—¡Calavera!

—¡Calavera!

Las once mil vírgenes

En cierto libro lei
un cuento, cuya eficacia
con muy poquísima gracia
voy á relatar aquí.

Un noble rico y de pró,
á pintar aficionado,
á un pintor muy afamado
un gran cuadro encomendó.

Debía el uno pintar
once mil vírgenes bellas
y el otro pagar por ellas
á dos ducados el par.

Afanoso trabajo
el artista en su pintura

y con gran desenvoltura
muchas vírgenes pintó.

En el cuadro se veían
dos mil santas, no once mil,
que con destreza sutil
de un templo en tropel salían.

Así que le tuvo hecho
le llevó al aficionado
creyendo que de contado
quedaría satisfecho.

Miróle, pues, el señor
y con cachaza no poca:
—«Tomad, dijo, esta bicoca:
dos mil ducados, pintor.»

El artista cabizbajo
no acertaba á comprender
la paga que plugo hacer
al dueño de su trabajo.

—«No veis, señor, replicó,
que pagáis solo unas cuantas?

—He contado dos mil santas
y dos mil os pago yo.

—Las demás ¿no lo estáis viendo?

—Pues yo las iré pagando
conforme vayan saliendo.

RAMON RODRIGUEZ CORREA.

Rasgueos

Es tanto lo que te quiero
que, á ser posible, te diera
para que tú te adornases
engarzadas las estrellas.

Cantares gitanos
son todos los míos,
que llevan envueltos pesares, tristezas
y amores perdidos.

Cuando te miro á los ojos
siento la vista turbada,
porque el resplandor divino
turba las vistas humanas.

Mi amor es, serrana,
tan puro y tan grande,
como el que nos cuentan que allá por el cielo
se tienen los ángeles.

No temas que mis promesas
el aire se las llevase,
porque estábamos tan juntos
que apenas pasaba el aire.

El hombre es serpiente,
serpiente con alas,
que á veces se eleva y llega hasta el cielo,
y á veces se arrastra.

ALEJANDRO PIZARROSO.

BOTICA

En la Puertaferrija le han timado
á un sujeto que andaba por la puerta,
creo que mil pesetas cabalitas
y no sé si en papel ó si en moneda.

De modo, que después de tantos años
ahora venimos á parar en esas;
en que hay aún quien deja que le timen
y en que hay aún quien tiene mil pesetas.

Leo en un diario local:

«Una señora joven y agraciada que durante 22 me-
ses estuvo sufriendo en cama una afección, etc. ha
sido hábilmente curada, por medio de una difícil
operación por el doctor Manaut, distinguido médico
de esta ciudad.

Felicítamos por su nuevo triunfo al doctor Manaut.»
Y digo yo: Bien felicitado está, pero ¿para qué hará
falta decir que era joven y agraciada la enferma? ¿Tie-
ne así más mérito la cura? ¿Es más difícil curar á las
guapas?

¡Sacadme de esta horrible duda, Dios mío! y entre
tanto... unamos nuestra felicitación á la del colega.

Con motivo de una proposición de amnistía pre-
sentada por M. Laforque en la Cámara francesa, pa-
rece ser que menudearon las gracias y que algunos

diputados le dijeron: «Callad, no sois francés; id á
charlar á las Cortes españolas».

Vamos, sí: ¿qué son unos *Dapizes*!

En un tren, unos puntos, han robado
la semana pasada (no sé el día)
mil doscientos cigarros de diez céntimos
que iban á Ridavia.

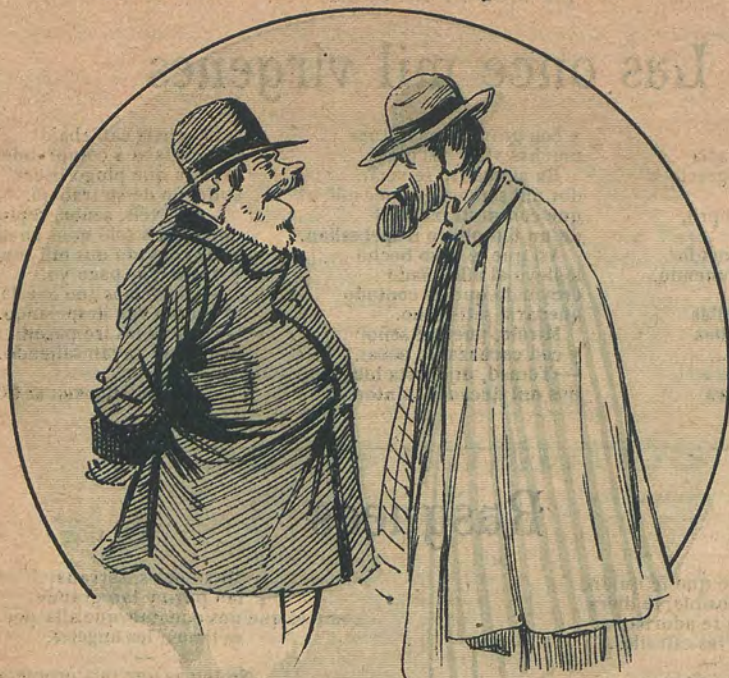
No han sido, hasta ahora, habidos los rateros
ni falta que les hace,
porque si se han fumado ellos las brebas
á estas horas... de fijo son cadáveres.

Hemos recibido las primeras entregas de «El Supli-
cio de una madre», novela original de Julio Victor.

Como es colaborador y amigo no me atrevo á hacer
de su obra el elogio que merece, pero como no es co-
sa de que por ser amigos vayan á quedar ustedes sin
leerla... ¡suscribanse Vdes. á ella, qué diablo!... ¡Cuan-
to más amigos más claros!

BUZÓN

A pesar de mis deseos
y aunque me digan faltón,
esta vez no abro el buzón;
¡tratándose de correos
ya es buena inauguración!



—No lo dude Vd., D. Policarpo; las órdenes están dadas, el jefe vela y pronto nos levantaremos.

—Hombre, eso debían Vdes. habérmelo avisado con tiempo, porque yo ya me he levantado.

—¿Sí?

—Sí, señor; desde las seis de la mañana.

LA MOSCA BLANCA

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles y colaboran en él
los mejores escritores y los más
renombrados dibujantes

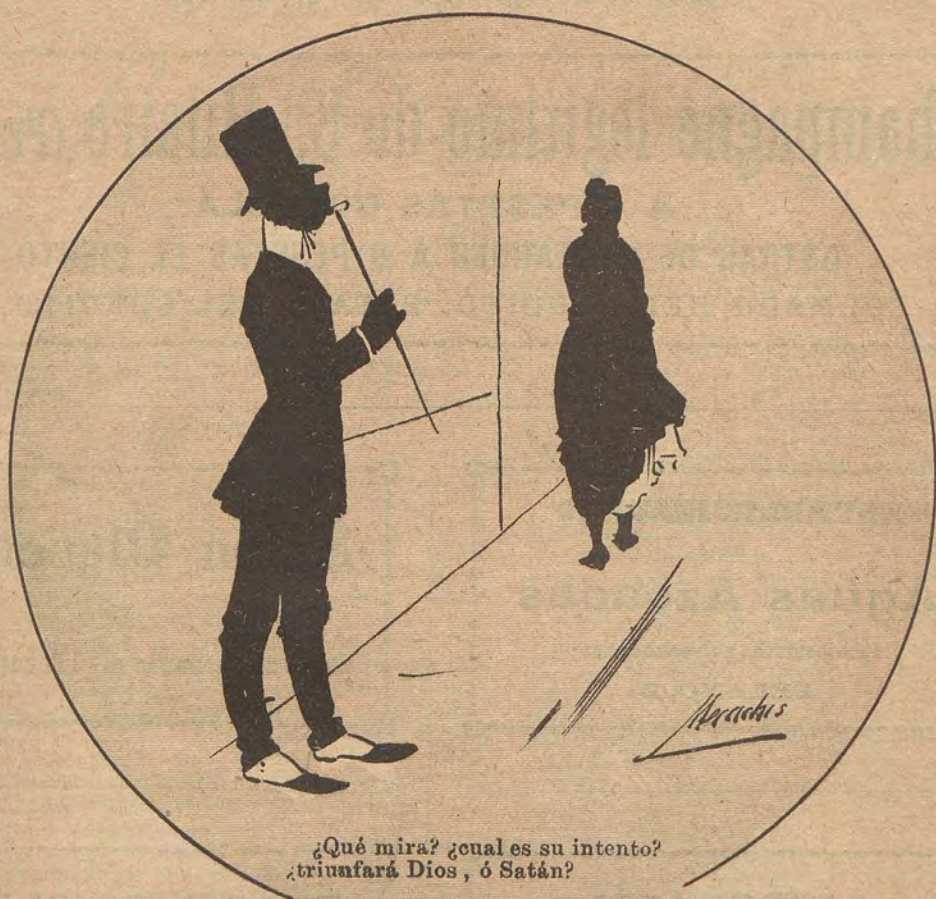
PRECIOS DE VENTA

Número suelto.	15 céntimos.
» atrasado.	25 »

ADMINISTRACION:

CALLE DE FORTUNY, NÚM. 13, ENTRESUELO

TENTACIÓN, por Mecachis



¿Qué mira? ¿cual es su intento?
¿triunfará Dios, ó Satán?

(Núñez de Arce: *El vértigo*)

LA MOSCA BLANCA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles y colaboran en él
los mejores escritores y los más
renombrados dibujantes

PRECIOS DE VENTA

Número suelto.	15 céntimos.
» atrasado.	25 »

ADMINISTRACION:

CALLE DE FORTUNY, NÚM. 13, ENTRESUELO

ANUNCIOS

Champagne legítimo de S.^t Hilaire (Francia)

À 4 PESETAS BOTELLA

OSTRAS DE SANTANDER Á 8 PESETAS EL CIENTO

COLMADO DEL CRÉDITO: PASAJE DEL CRÉDITO, 5

ESTABLECIMIENTO

DE

Aguas Azoadas

Inhalaciones, pulverizaciones

PELAYO, 2

Salon Plasencia

Calle de Fernando n.º 11, entresuelo

LITOGRAFÍA

MAGIN PUJADAS

AUSIAS MARCH 99.

FRANCISCO OLIVAS

SASTRE

RAMBLA de las Flores, 11, 2.º

COMPRA, VENTA Y RESTAURACIÓN

DE

MUEBLES DE TODAS CLASES

QUINTANA Y COMA

Calle del Consulado, 31, ANTIGUOS ENCANTES

BARCELONA